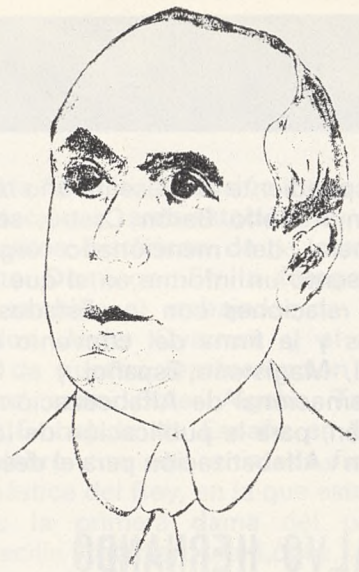
CISNE BLANCO CISNE NEGRO



RUBEN DARIO Y AMADO NERVO

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

EL cielo de Madrid, limpio de nubes, recién nacido con el alba pura, es la mejor imagen que conozco del lago celeste inmóvil, terso, pero en cuya hondura indudable se adivina unos fondos de fantasía cuajados en palpitaciones, estremecimientos, cálidas fluideces, posibilidades de una magia lírica. Pues bien, sobre el cristal irisado de este celeste lago (de ascendencia gongorina), entre los años 1892 y 1916 se deslizaron con serena majestad, casi inconcebible de tan lenta y escorzada, picos y plumas conceptuosos, interrongantes perennes, un cisne blanco y un cisne negro, con blancura de nácar y negrura de azabache. El cisne blanco, olímpico, eufórico, rubricador incansable de insinuaciones amorosas pánicas, sugeridor inagotable de simbolismos sáficos y de galanterías dieciochescas en la Europa ya repudiada por el toro Júpiter. El cisne negro, enervado en una atmósfera de romanticismos patéticos, mensajero de Estigias y órganos funerales, insinuación obsesiva de amores náufragos, permanente luto por idos y muertos, esparcidor en el aire calmo de beleños irresistibles. El cisne blanco, experto en polifónicos laberintos, Rubén Darío. El cisne negro, bebedor incansable de nostalgias, Amado Nervo.

Y repito, con verdad incuestionable, que entre aquellos años de 1892 a 1916, aun cuando a Madrid llegaron y en Madrid reafirmaron su estirpe o publicaron sus libros muchos importantes escritores hispanoamericanos (recordemos los nombres de Martí, Lugones, Santos Chocano, Guillermo Valencia, Julián del Casal, Zaldumbide, Dominicis, Evaristo Carriego, Zorrilla San Martín, Horacio y Rufino Blanco Fombona, Pedro Emilio Coll, Jaimes Freyre, Leopoldo Díaz, Herrera Reissig, Pezoa y tantos otros), ninguno de ellos, editados con sencilla pobreza en Madrid o en Barcelona, lograron ganarse el amor incondicional de la Villa y Corte como lo ganaron pronto y para enseguida ser acuñado y puesto en vigencia, el cisne blanco llamado Rubén Darío y el cisne negro llamado Amado Nervo. ¿Por qué de esta grande y rápida captación amorosa entre Madrid y los dos grandes poetas? Se me responderá que por la calidad lírica gloriosa y removedora de almas de aquéllos. Indudable tal causa. Pero el amor no nace si no se hace, ni se mueve y prolifera sólo por valores mentales o sentimentales; y aquí llega a punto la sabia sentencia popular de «amor con amor se paga». Cierta y decisiva esta última explicación. Rubén y Amado Nervo amaron mucho, y pronto, a España.

«SALUTACION DEL OPTIMISTA»

Y debo añadir, porque la verdad lo exige, que Madrid amó mucho más a Rubén que a Nervo; y no porque aquél fuera poeta punta y clave, y éste, sencillamente, poeta introvertido y soñador. Porque aquél supiera concertar una orquesta para Sigfridos y Walquirias, y éste resbalara sus dedos por un teclado chopiniano. Sino porque Rubén, de los dos, fue quien entendió a tensar la vibración que más necesitaba la España de entonces, malaventurada, necesitada de prontos auxilios de olvidos y de esperanzas. Cierto, cuando los españoles más insignes parecían aburridos, desalentados sin remedio, impotentes para encontrar recetas de recuperación nacional, Rubén Darío, con un alegre y gigantesco esfuerzo, a levantar a los decaídos y animar a los resignados con lo peor. Esta paradoja supo explicarla a la perfección, en 1967, y en esta misma revista, con motivo de la conmemoración del primer centenario del nacimiento de Rubén, el entonces embajador de España en Nicaragua, patria del poeta, don

Ernesto La Orden Miracle, en los siguientes términos: «Contemplando con infinito amor el espectáculo de la España del desastre de 1898, Rubén no usó su pluma para el desdén ni para la elegía, sino que la esgrimió como una varita mágica para escribir la «Salutación del optimista». El optimismo era él, el niño prodigio de Nicaragua niña, el mestizo indohispano que supo ver «la gran alba futura» entre las nieblas del ocaso de nuestra estirpe. ¿De dónde sacó el optimismo para el vaticinio genial? No ciertamente de América, donde los mayores ingenios estaban vueltos de espaldas a lo español. No ciertamente de España, donde sus amigos poetas se dedicaban al sarcasmo o al llanto o se encerraban en un intimismo desconsolador. Rubén Dario no encontró en Madrid más que pesimismo. La desesperación de Núñez de Arce, que paseando por la Carrera de San Jerónimo, le decía que la nacionalidad española era un sueño. La cólera de Antonio Machado, aquel amigo «misterioso y silencioso» que blasfemaba de una España inferior, «vieja y tahur, zaragatera y triste». La angustia de otro gran amigo suyo, Juan Ramón Jiménez, que ya estaba enfermo entonces, «convalescete di squi sito mali». Pese a todo, nos dice el mismo Rubén: «Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté... mi confianza y mi fe en el resurgimiento de la vieja Hispania en el propio solar y del otro lado del océano.» ¿De dónde le vino a Rubén ese optimismo, ese increíble entusiasmo que le hacía gritar en un soneto olímpico, mientras se hundía la Escuadra española ante Santiago de Cuba:

Dejad que bogue y siga la galera
bajo la tempestad, sobre la ola,
.....
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo?

Fuente del optimismo de Rubén fue, en primer término, su propia grandeza de alma, la limpieza de sus ojos y la generosidad de su juventud.»

Y apostillo por mi cuenta ¿cabe una declaración de amor más incondicional y acendrada a España? ¿Cómo no iba a ganar en seguida la incondicional y acendrada respuesta amorosa de Madrid, plenipotenciario amante en nombre de lo español? ¡Y la ganó, vive Dios, hasta con esas creces que se dan como la conmovedora añadidura! Madrid, desde que contempló por vez primera a aquel mestizo indoespañol con la cara ancha y achatada que le recordaba la de su adorado Paco Goya, el más inmortal testimonio de lo castizo y de lo heróico y de lo fantástico matritense, sintió por él un creciente amor, tan admirativo como enternecido. Siempre llamó Rubén, a boca llena, refiriéndose a España, «su Madre Patria», «nuestra Madre España»; y Madrid, por España, siempre llamó —y síguele llamando— «nuestro Rubén», y «el uno más entre mis más grandes poetas de todos los tiempos».

Lo escrito antecedente prueba muy a las claras el por qué Madrid prefirió al cisne blanco, deslumbrante y optimista, mimador de su estirpe tanto racial como poética, al cisne negro, melancólico y escéptico, suavemente cariñoso, a veces, como las romanzas «sin palabras» de Mendelshon. Capaz Rubén de levantar en apoteosis al espíritu español más decaído, y capaz Nervo, nada más, de contagiarle su serena conformidad. Siempre ha sentido Madrid la invencible atracción de cuanto le aliviase de sus desganas y pesimismos. Así que bien explicado queda que el amor de Madrid sea exagerado, como el que la madre siente por ese hijo que no se le suelta de la mano ni de la mirada. Aun cuando la imagen pueda parecer anticuada y hasta enfática, la Villa y Corte se abrazó al cuello del cisne blanco, deslumbrante y sabio en seguir la estela del optimismo y de la gracia plena, como la rubia y hermosa Leda al cuello del cisne Júpiter, padre de los dioses en una de sus metamorfosis más felices para el gran teatro Olimpo.

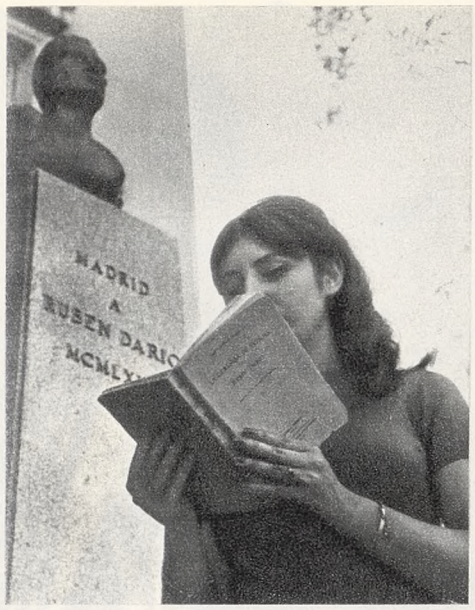
«COMO LA BEATRIZ DE DANTE»

Y como resultado lógico, desde que se trabó este recíproco amor, Madrid dedicó a Rubén las ediciones más repetidas y refinadas de sus obras, las conmemoraciones más frecuentes de su persona, las dedicatorias de calles y plazas selectas, las lápidas más panegíricas y los monumentos más familiares, los archivos y bibliotecas especializados en «rubenianismo». Aún más: hasta en las antologías poéticas sólo dedicadas a nativos españoles, España hace la amorosa excepción de incluir en todas ellas —o, al menos, en las más importantes y aleccionadoras— al genial nicaragüense. Por que es, claro está, un genial poeta que enriqueció la orfebrería del idioma castellano, como nadie —excepto Góngora— lo hiciera nunca. Pero... además, porque fue a su mucho orgullo pregonado a grandes gritos, un americano español y singular españolizante.

En fin, para que en Rubén el españolismo fuera algo esencial —de raíz, fronda y fruto— hasta encontró su humano amor más grande y firme —de inspiración, tálamo y descendencia— en una honesta y modesta criatura española: la castellana abulense Francisca Sánchez, a la que conoció, («súbita aparición paradisíaca, como la Beatriz de Dante»), cuando en compañía de don Ramón del Valle-Inclán (los dos geniales «adaptadores» de apellidos para la mayor gloria de las letras hispanas), paseaban por la madrileña Casa de Campo. (¡Sí, otra vez Madrid interviniendo decisivamente en la existencia del poeta universal!) Fue en una tarde primaveral y más que alborotada la madura afrodisia.

CISNE BLANCO CISNE NEGRO

LA CAPITAL DE ESPAÑA Y AMERICA



«Allí, bajo la sombra que les daba su caricia, se ofreció ante él una mujer, sencilla como las flores que nacen a la vera del camino y no han conocido nunca el artificio del invernadero. Era joven y la vida corría alegre por su venas y el entusiasmo asomaba a sus ojos, a su rostro y a su sonrisa.»

Cuando en 1892 llegó Rubén Darío a Madrid, por vez primera, miembro de la Comisión que representaría a Nicaragua en el IV Centenario del Descubrimiento de América, y se hospedó en el «Hotel de las Cuatro Naciones» —del que era húesped permanente, por entonces, el solterón don Marcelino Menéndez y Pelayo— ya traía el poeta en el alma a España, y en sus primeros poemas la influencia muy acentuada de ilustres poetas españoles: Núñez de Arce, Manuel Reina, Ramón de Campoamor, José Zorrilla... Madrid aireó el primer retrato de «su poeta» y un elogio encendido de él en el ejemplar de la gran revista «La Ilustración Española y Americana» correspondiente al 15 de noviembre de 1892, en las páginas 367-369. El elogio lo firma un excelente periodista de la época: Eusebio Martínez de Velasco. El retrato, grabado de la fotografía que le hizo el más importante fotógrafo de aquel Madrid, don Edgardo Debas. El retrato nos presenta a un Rubén con muy cuidados bigotes y barbita, el pelo cortado casi a cepillo, la tez muy blanca; en resumen, el busto de un joven y distinguido diplomático... aun cuando lo fuera «de ocasión». Nota curiosa: en el mismo número de la revista aparece un poema de Rubén titulado «Friso» (acaso el primero que publicaba en España) y que no pasa de ser un poema medianillo entre los de su adolescencia y primera juventud.

Todo ello, naturalmente, como debido, en la casa materna, al hijo muy amado que llega de lejanas tierras muy amadas; hijo siempre fiel a su sangre y a su estirppe. Como entusiasta fue la acogida que le tributaron los más prestigiosos escritores hispanos, tanto en las Redacciones de diarios y revistas, como en el Ateneo y en las tertulias literarias —de alta jerarquía—: la de don Juan Valera, quien dio el vibrante primer «hossana» en honor del juvenil vate (que se celebraba en su mansión suntuosa de la Cuesta de Santo Domingo); la de doña Emilia Pardo Bazán (en su hotelito de la calle Ancha de San Bernardo); en la «Cacharrería» del Ateneo, que propiciaban Castelar, Cánovas, Canalejas, Sagasta...; en la de don Ramón de Campoamor (piso de la calle de Recoletos, 17, o trastienda de la Librería de Fe en el número 2 de la Carrera de San Jerónimo); en las de los ilustres académicos, conde Las Navas y don Narciso Campillo, muy apegados a la tradición poética, pero asombrados ante la novedad refulgente que irradiaba la persona y las nuevas tentativas líricas de Rubén.

Siempre que pudo, irresistible para él el hechizo sin énfasis de la Villa y Corte, el poeta español de América volvió a ella. En 1898, «el año del desastre» ultramarino, para inyectar en la tundida y hundida España el fervor creciente de un casi pánico optimismo; hospedándose en el «Hotel de París», con el balcón de su gabinete el mejor palco para contemplar la Puerta del Sol, vigía alegre y fecundo ombligo del Madrid postromántico y ya curioso de las luces deslumbrantes y de los rutilantes verbos del estallado Modernismo, al que Rubén llegaba prendiendo apoteosis.

TORCER EL CUELLO AL CISNE

Y volvió en 1905, para recitar en el Ateneo el más grande canto, el acta notarial más contundente —para hacer fe en el juicio, sin casación posible— en loor de las glorias y de las nacientes esperanzas de la Madre Patria, con el largo poema «Salutación del optimista», con el que consiguió remover la conciencia española y dotarla de apetencias triunfales. ¡Gloriosa jornada aquella para Rubén, en el Salón de Actos del Ateneo de Madrid abarrotado de artistas, escritores y políticos, entre quienes se hallaban aquellos que eran cartógrafos y timoneles para la encomienda de la nueva España! Y volvió a Madrid en 1908, como ministro de Nicaragua en la capital, hospedándose entonces en la calle de Serrano, 31. Y volvió en 1912...

Y siempre fue recibido como nuestro mejor almirante «de la Mar océana de la poesía hispana». Y aún pareciendo corta su graduación, sin la menor discrepancia, a los poetas que en Madrid ya se habían consagrado para la inmortalidad: Unamuno, los dos Machado, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Villaespesa, Marquina, Martínez Sierra, Salvador Rueda (a quien le prologó Rubén su libro «En tropel»). Y es que aportó Rubén a la geografía europea de Hispania el prodigioso regalo lírico del simbolismo mágico, del expresionismo estético y del modernismo formal. ¿Sería pura caualidad que entre los años 1892 y 1898, tanto en el melancólico lago de la madrileña Casa de Campo como en el pequeño estanque ante el Palacio de Cristal del madrileño Buen Retiro, bogaran por vez primera los primeros cisnes blancos, góndolas de la elegancia, diamantes de plumas para insinuar los caminos en el espejo de las imágenes intactas? A veces la causalidad desarrolla ideales fecundos... sin darse cuenta de lo que hace, pero convertida en instrumento de la justicia. ¡Ah, porque aquel improperio rubeniano de «tuércele el cuello al cisne...» no pasó de ser una rabieta de genio malhumorado en un momento en que el cisne tomaba una boga inútil para el poeta.—F. C. S. R.